

mentar la convexidad del cristalino. Esta importancia crece con la edad: desde los cuarenta y cinco años próximamente, el cristalino se hace menos convexo: á este accidente se ha llamado *presbicia*. Suele acontecer un accidente semejante al anterior, llamado *hipemetropía*, que es congénito y no depende de falta de acomodación del ojo, sino de un achatamiento del globo ocular en sentido de su eje anteroposterior, que hace que, cuando se acercan los objetos, su imagen se pinte en la parte posterior de la retina; por consiguiente, en los hipemétropas el límite mínimo es más distante del ojo que en la vista normal.

Hay personas en quienes el globo ocular se alarga de adelante hacia atrás, lo que aumenta la convexidad de la córnea y sitúa el cristalino en una posición tal que en todo caso la imagen de los objetos se pinta en la parte anterior de la retina, en este caso es necesario aproximar los objetos á una distancia menor del límite mínimo normal para hacer emigrar la imagen á punto que caiga sobre la retina; á este defecto se le llama *miopía*.

Adelante, cuando tratemos de la higiene escolar, os hablaré de las causas que producen ó agravan los citados defectos en los estudiantes, y de las precauciones que deben emplearse para combatirlos.

R. M. CARRASQUILLA

## UNA DISTRACCION EN LA IGLESIA

Gozosas iban llegando una á una las jóvenes á la iglesia por entre la nieve y el hielo, pues era pleno invierno, y tan de madrugada, que las calles estaban todavía medio envueltas en las sombras, barrida sólo de distancia en distancia por los rojizos haces de luz de los faroles públicos. A la entrada marcaban su nombre en un gran cuadro de asistencia; luégo, después de una sonrisa de saludo dirigida á sus vecinas, se arrodillaban, sacaban del fondo de una cajita una larga cinta azul y una medalla de plata, se po-

nían la cinta pendiente del cuello, arreglaban bien la medalla en medio del pecho, se santiguaban, se recogían un instante con las manos juntas, y empezaban su oración.

Llegaron muchas, unas muy jovencitas, á las cuales el mundo empezaba á sonreír; otras... á quienes el mundo ya no sonreía; pero todas modestas, piadosas, sencillas, y manifestando exteriormente el gozo de su alma por la fiesta de la Santísima Virgen que las reunía.

El verlas de aquel modo reunidas, tan diversas por su edad, por su traje, por su fisonomía y por su actitud, pero impulsadas por un mismo deseo, causaba una impresión serena y edificante; sentíase allí un perfume de virtud virginal que se elevaba del seno de aquellas jóvenes como del cáliz de aromáticas flores en la primavera.

¡Oraban tan bien!

\* \* \*

Sonó la hora: dejáronse oír los primeros acordes del órgano, y el sacerdote subió al altar, echó incienso en los incensarios, y plomizas nubes de humo rodearon el tabernáculo, deslizándose sus caprichosas ondas al través de las llamas de las velas y bujías. Bien pronto á los vagos acordes se comenzó á mezclar la voz de una melodía sencilla también, pero dulce y penetrante como una oración.

Me iba dejando llevar de los pensamientos que me invadían, cuando de repente se fijó mi vista en una de aquellas jóvenes. Estaba de rodillas, con las manos juntas ante el pecho, la cabeza erguida, los ojos cerrados, inmóvil, ni siquiera sus labios se movían; parecía absorta en su oración: no sé por qué me detuve á mirarla. Era joven, sin belleza particular, pálida y enfermiza al parecer; su frente no estaba surcada por las arrugas de cuidadosas preocupaciones, y, sin embargo, en su fisonomía se notaba alguna cosa inexplicable, como la marca terrible de quien sufre una desgracia. Yo no me sabía dar cuenta del sentimiento que me inspiraba su rigidez de mármol: era una extraña mezcla de simpatía y temor; aquella inmóvil estatua parecía dominada por cierta angustia mortal.

\*  
\*  
\*

Había terminado el largo prelude del órgano; oíanse los cánticos de voces límpidas y puras; yo escuchaba y seguía con ellas las benditas palabras del *Ave María*.

Entretenfame en pensar que á aquella misma hora, todavía tan temprana para el gran mundo exterior, muchos hombres estaban descansando con pesado sueño, de sus vanas fatigas; muchos otros, dejándose llevar de la enervante pereza, se rehacían de la postración producida por sus rastreros placeres; y comparaba la vida de los unos febril, agitada, congojosa, y la vida de los otros vergonzosa, loca, descabellada, con la vida completamente diáfana, sin una mancha, sin una sombra, de aquellas jóvenes arrodilladas.

Me vino el recuerdo de Abraham negociando con el Señor la salvación de Sodoma. El había obtenido que diez justos bastasen para el rescate de todo un pueblo; pero por más que Abraham hubiera buscado, los diez justos no se hubieran encontrado y no se encontraron.

A quien conozca el mundo contemporáneo —¡ ay! y el mundo de todos los siglos— le suplico que mida la parte que en él se concede al bien, á la justicia, á la virtud, al deber, y mida igualmente la parte que se concede al mal, á la pasión, al vicio y á todos los apetitos de la bestia humana; y hechas estas partes, que las comparen.... ¿ Sobrepuja, por ventura, el bien.... la justicia.... la virtud?....

¿ Cómo se explica entonces que Dios sufra á la humanidad y que no se vengue de ella? La respuesta es muy sencilla.... Hay almas que oran, como oraban aquellas jóvenes.... ellas salvan al mundo. Hay almas que sufren como pacientes víctimas; ellas pagan el rescate del mundo.

\*  
\*  
\*

El sacerdote comenzó el Evangelio; hubo ruido de sillas arrastradas sobre el entarimado, todas las jóvenes se pusieron en pie.... Yo me volví hacia la estatua.... También ella se había levantado con las manos siempre juntas.... abrió los ojos.

¡ Oh Dios mío! ¡ ciega!....

Dos grandes manchas blancas cubrían sus pupilas y daban el color y aspecto del mármol al iris de sus ojos!....

Allí estaba, pues, el misterio de su fisonomía extraña y de su actitud.

¡ Pobre joven!.... ¡ Ciega! ¡ á los veinte años!.... Si es que llega á los veinte años. ¡ Y ciega!....

¡ Agitado de repentino y doloroso sacudimiento mi corazón se comprimó; sentí en mi alma una compasión profunda y tierna pero punzante hacia aquella desgraciada, á quien yo no conocía! Quise mirarla otra vez.... y eso que la vista de sus ojos me impresionaba dolorosamente.

\*  
\*  
\*

¡ Ciega! ¡ Ciega!

Aquellas luces cuyo cordón vacilante rodeaba el altar, ella no las veía.... Aquella custodia de oro donde reposa Nuestro Señor y Salvador, ella no la veía. Aquella Virgen de Murillo arrodillada delante de su amable Hijo; la mirada de aquel divino Niño, tan encantadora, tan resignada, tan melancólica; aquellas estatuas con sus diademas de plata y piedras finas; aquellos ramilletes de flores de oro; las vestiduras solemnes del sacerdote; las sotanas rojas y las blancas sobrepellices de los acólitos; el incensario balanceado y despidiendo nubes de humo, ella no lo veía.... ¡ no ve nada lá pobre joven!

Oye en torno suyo á sus compañeras, pero no las ve; no ve las pequeñas vanidades femeniles de su tocado, no las ve sonreír; jamás ha visto á nadie sonreírle.... nunca ha visto á su madre sonriéndola.... jamás ha visto la radiosa mirada de dos ojos que aman penetrar en su alma y agitarla deliciosamente en el amor....

¡ Ciega!.... ¡ Oh! ¡ Ahora comprendo aquella estatua blanca!

El órgano y las voces seguían cantando, pero yo ya no les escuchaba; mi pensamiento no se apartaba ya de la

infeliz ciega, y buscaba en mí mismo lo que podía ser aquella vida sin luz.... ¡ á los veinte años!

Cuando Ifigenia iba á la muerte, decía: "¡ Adiós brillante resplandor del día, luz del cielo, claridad querida! ¡ Adiós!"

La luz era para ella la vida.... ¡ Y no hay luz para aquella pobre joven!....

¿ Habéis contemplado en la primavera al sol inundando de luz los árboles en el bosque y las yerbas en el prado?... Las hojas nacientes se desarrollan en el extremo de todos los ramitos, los viejos troncos brillan, y se rejuvenecen sus brazaletes de musgo, las margaritas entreabren sus flores blancas de corazón de oro, las primulas, las rosas, las miosotis azules, las encarnadas amapolas se despliegan y balancean en aquella bellísima luz que las acaricia y las baña.

No hay hojas verdes para la joven ciega, ni árboles musgosos, ni pintadas flores, ni matizadas praderas, ni rocas grises, ni cielo azul con sus cambiantes nubes, ni agua de lago ni de arroyuelo que le refleje su imagen, ni vagos horizontes en el fondo del cielo, ni nada de acá abajo, ni nada de allá arriba, no hay nada para la pobre ciega!

Oye cantar la avecilla, escucha las alegres risas de sus regocijados hermanos, entiende que ellos admiran los objetos que les rodean, y que la naturaleza que revive les entusiasma.... Ella no ve nada, y se dice á sí misma: "¿ Qué es, pues, lo que les encanta?" Le dan flores, y ella palpando pasa los dedos por el tallo, por los pétalos, aspira su perfume.... y nada más.... ¡ no ve la flor la pobre joven!....

\*  
\*  
\*

No hay para ella más que noche, siempre noche. ¡ Y la noche es tan triste, tan larga, tan imponente y aterradora!.... ¿ Quién no se acuerda de esas noches interminables pasadas en insomnio, y de las horas que se suceden sonando tan lentamente en el reloj de las iglesias y de las torres?... Todo es negro en derredor de mí, y mis ojos bus-

can, sin descubrir nada, en aquella espesa sombra.... ante el espíritu pasan los pensamientos del día, sombríos también y entristecidos; se diría que les envuelve el crespón de la noche y les reviste de un manto fúnebre. Toman proporciones desmesuradas y fantásticas. El disgusto del día se convierte en dolor, el dolor en martirio, la inquietud en angustia, el temor en espanto.... Todos los ruidos de la ciudad están muertos, pero en su silencio nacen otros ruidos extraños, inadvertidos durante la vigilia, se acrecientan en aquel misterioso reino de las tinieblas y de las sombras, y nos impresionan é inquietan como lo desconocido; un madero que dé un chasquido ó que es taladrado por la carcoma, una plancha enfriada que se contrae, un marco de cristal que el viento hace rechinar en su ventana, producen sobresaltos y hacen palpar violentamente el corazón.

Caminad durante la noche.... vuestras manos se extienden hacia adelante inquietas y temerosas como apartando los peligros, vuestros pies se arrastran lentamente sobre el piso, por miedo de que les falte el suelo, el entarimado que cruje, vuestros vestidos que con el roce producen ligero ruido tras de vosotros, y hasta vuestro propio aliento, todo os turba, todo os inquieta, todo os infunde pavor....

Y si es por un camino desconocido por donde vais, si el espacio negro que está delante de vosotros oculta probablemente un abismo, si no veis dónde concluye el camino y dónde principia el río, cuyas aguas sentís correr.... ¡ Ah! ¡ qué angustia!.... ¡ la muerte tal vez al primer paso!.... Abrid de noche los ojos, lanzad vuestra mirada en el vacío que se abre delante de ellos.... veréis surgir todo un ejército de fantasmas gigantescos, impalpables y vagos, que cada vez se agigantan más y más, se agitan, avanzan amenazadores en su sombrío dominio.... y con ellos el terror va subiendo, corriendo y apoderándose del alma....

¡ Y esa es la vida de la joven ciega!.... ¡ la noche, esa tenebrosa noche con el frío de sus ansiedades y la amargura de sus tristezas!....



\* \* \*

¿Por qué me vienen estos pensamientos?

¡Yo he visto bien de ciegos en mi vida, sentados en el camino con su cartel, su escudilla, su perro ó una niña que pide por ellos! ¿Por qué no me venían entonces estos mismos pensamientos? ¿Por qué aquellos pobres no me conmovían tanto como me conmueve esta infeliz!.... ¡Tal vez porque es joven, y la juventud tan llena de esperanzas y de alegría forma duro contraste con una enfermedad tan cruel!.... ¡Hay otra cosa! ¡Me avergüenzo de ello!.... pero es, por desgracia, un hecho resultado de ese fatal sentimiento de orgullo que germina en nuestras almas invenciblemente egoístas.... Parece como si el pobre fuera un extraño para nosotros, de otra casta que nosotros, que estuvieran en la naturaleza de las cosas sus dolores, le asociamos instintivamente al padecer; un dolor y un pobre van tan bien juntos, que al encontrarles unidos no nos extraña, es cosa corriente y normal.... Ahora bien, esta joven no es pobre; si no es rica, á lo menos vive con holgura, su infortunio contrasta con sus vestidos; mi emoción se debe á esa vana apariencia.

¡Ah! ¿cuándo nos penetraremos bien de que esos pobres son nuestros hermanos, son carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, que tienen un corazón como nosotros, que tienen deseos, ansia, necesidad de dicha y de gozo como nosotros? ¿Cuándo sabremos prácticamente que nuestro Señor Jesucristo se ha colocado en su categoría y del lado suyo en la vida, y no del nuestro.... que ha querido nacer en un establo, rechazado de todas las posadas, como ellos á veces rechazados igualmente nacen en un rincón de un pajar ó en una choza miserable? ¿Cuándo sabremos esto nosotros, cristianos? ¡Oh, Dios mío! ¿Cuándo lo sabré verdaderamente yo mismo?.... ¿Cuándo mi corazón no distinguirá ya entre el rico y el pobre? ¿Cuándo me libraré de esa fútil influencia del oro y de la seda, de la fortuna y del traje, del nombre y del título.... de todas esas vanidades del orgullo?....

\* \* \*

Largo tiempo estuve distraído con tales pensamientos; el sacerdote se retiró del altar, el órgano dejó de emitir su voz sonora.... Las jóvenes se fueron marchando en pequeños grupos; yo percibía por la puerta entreabierta de la iglesia el murmullo formado por sus entrecruzadas conversaciones y la risa franca que salía de su corazón. Una mujer tomó la mano de la ciega, apartó á los lados, delante de ella, las sillas que en desorden obstruían el paso, y suavemente la fue guiando.... ¡Era su madre!

La ciega la siguió, derecha y rígida, con los ojos cerrados, con su rostro impasible y frío, y yo no sé qué de mal seguro y tembloroso!

¡Pobre madre!

¡Oh! ¿cómo olvida una madre sus dolores, y qué gozo la inunda, cuando por primera vez á sus ojos radiantes, á sus manos tendidas, á sus labios abiertos, le presentan á su hijo recién nacido!.... Pero si aquel niño que ella se había figurado tan bello, si aquel niño es deforme, si le falta algún miembro, si es ciego.... ¡Ah! ¿cómo se desgarran su corazón!

¡Este desgarrador contraste ha sufrido aquella pobre madre!.... y no obstante ha amado á su ciegucecita, la ha amado más que á los demás hijos, la ha rodeado de más tierna solicitud.... ¡ha llorado mucho sobre ella!.... la ha visto crecer, y lo que con ella hacía siendo pequeñita, sigue haciéndolo todavía ahora; la conduce sirviéndole de lazarillo.

¡Horas bien sombrías deben pasar por el alma de aquella madre!.... Porque se va envejeciendo y se acerca el día en que será preciso dejar á su hija y morir.... Y entonces ¿qué será de la pobre ciega?

¿Quién seguirá amándola entonces?

¿Puede, por ventura, una mano mercenaria reemplazar jamás á la mano de una madre?....

¡Oh Dios mío! ¡cuán ingratos somos y qué olvidadizos de vuestras bondades!... ¡ Vos nos habéis dado á nosotros la luz de los ojos... vos habéis puesto palabras en nuestras lenguas y en nuestros labios... vos habéis abierto nuestros oídos á la voz de los hombres y á los cánticos de la naturaleza... vos habéis dado á nuestro espíritu el vuelo del pensamiento, la fuerza á nuestros músculos, la vida á nuestra sangre... vos nos habéis dado todo esto: el alma sana en un cuerpo sano... y nosotros no os lo agradecemos! Parece como si tuviéramos derecho á recibir todas esas cosas.

Tenemos gran compasión del ciego, del mudo, del sordo, del idiota y del demente, del paralítico y del enfermo... ¡y no os damos gracias! No se nos ocurre que también nosotros hubiéramos podido nacer ciegos, sordos, mudos, idiotas, dementes, deformes y enfermos... que no teníamos más derecho que esos desgraciados á quienes compadecemos, á lo que nos habéis otorgado con tanta largueza. ¡No os damos gracias!

¡No! ¡no os damos gracias! antes al contrario, nos quejamos, gritamos, acusamos á la Providencia por un poco de ese oro del que no tenemos tanto como quisiéramos, por una humillación de nuestra vanidad infatuada, por una desilusión de nuestros corazones, por una enfermedad de algunos días, por un dolor de muelas, por un ligero malestar de cualquier género!

¡Oh! ¡cuán ingratos somos!... ¡ingratos y ridículos!

¡Perdonadnos, Dios mío!... y aun cuando sea tarde, recibid hoy á lo menos el agradecimiento de mi corazón!

¡Yo os doy gracias, Señor, por haberme dado mi alma con su entendimiento abierto á la verdad y su voluntad abierta al bien!... Y os pido perdón, Señor, por haber abusado tantas veces de estas facultades; de mi entendimiento ocupándole en conocimientos frívolos, y de mi voluntad dejándola inclinarse al mal.

Yo os doy gracias, Señor, por haberme dado mi cuerpo con los sentidos que le dirigen y la fuerza que le anima,

con el vigor y la salud, con el libre ejercicio de sus músculos y de sus nervios. Y perdón, Señor, por haber tantas veces vuelto contra vos esos dones que vos nos habéis concedido para servirlos!

La iglesita quedaba ya casi vacía... las capilleras habían vuelto á colocar en sus armarios los ramilletes y las flores, las alhajas y las coronas, habían ayudado á la portera á comprobar el cuadro de asistencia y anotar las ausentes; después, cerrándolo todo con llave, se habían marchado á su vez. Yo me marché como ellas, pero pensando siempre en la infeliz ciega!

¿Es realmente desgraciada?...  
\* \* \*

La luz que no ve, la luz que le falta, ¿qué viene á ser en definitiva?

Se discutía este punto hace un siglo. Mas desde una experiencia indicada por Arago, realizada luégo por Pizzeau y después por Foucault, sabemos ya, sin género alguno de duda, que no es otra cosa que una vibración transmitida al ojo por un cuerpo luminoso al través de una serie de moléculas de éter que se la transmiten una á otra.

Se os dirá con un rigor que no deja lugar á la menor incertidumbre, el número de vibraciones que ejecute en una millonésima de segundo la molécula de éter que produce en nuestro ojo la sensación del encarnado, la que produce la sensación del verde, del azul, del violado... Se sabe que ese número varía no sólo con el color, sino con los matices sumamente próximos al mismo color. Todo esto se sabe.

Esa vibración transmitida al ojo determina en él otra vibración correspondiente en las extremidades nerviosas —bastoncitos ó conos— de la retina; y éstas, en fin, la transmiten por el nervio óptico al cerebro.

Ningún físico, ningún fisiólogo me negará nada de esto.

De modo que en realidad lo que no tiene esa joven, lo que le falta... es simplemente una serie de vibraciones de

naturaleza especial en una región determinada de la pulpa nerviosa que llamamos cerebro.

Disecando de esta suerte las cosas, con escalpelo materialista, pero correcto y verídico, no aparece que su mala sea gran cosa.

Desde el punto de vista absoluto no cabe duda que eso es lo que sufre; y lo mismo sería si cualquier otro órgano de sensación se encontrara en un hombre sin ejercicio por defecto de mecanismo ó de uso.

\* \*

Pero esa excitación del cerebro por la luz determina en el hombre un encanto, un gozo, una satisfacción á lo menos, que falta, por consiguiente, á la pobre ciega....

Es bastante difícil juzgar de esto correctamente.

Yo concibo muy bien el placer experimentado por la sensación del oído; puedo, en efecto, no ver el órgano y aun no ver nada, y gozar, sin embargo, deliciosamente de las melodías que en él se tocan, de las armonías que desarrolla.

Puedo igualmente concebir con exactitud el placer causado por el perfume de una flor, que aspiro en el aire que pasa, y lo mismo la dulce sensación de mis dedos al palpar la seda ó el terciopelo, sin ver ninguna de esas cosas.

Pero es difícil aislar el placer causado por la simple vista de las cosas, por la sensación de la luz y de la sombra, de los colores y de los matices de cada color, por su conformidad ó su contraste. Hé aquí por qué. Los otros sentidos no nos dan á conocer las cosas más que por un solo lado, la vista nos hace conocer su conjunto; el conocimiento por la vista, sin ser total, es mucho más completo que el que nos viene por cualquier otro sentido. Y por esto el placer causado por la vista no es simplemente un placer de sentido, se complica con el placer del espíritu, que goza en conocer, y entrando en seguida en pleno ejercicio despierta asociación de ideas, pone en juego la razón, el deseo, la voluntad, conmueve toda el alma humana.

Lo que falta á la pobre ciega es el placer de este sentido solamente.... ¿Es muy considerable semejante placer cuando está aislado? Lo ignoro, pero me cuesta trabajo el creer que sea comparable á los placeres causados por la música.

Un hecho sencillísimo me parece que lo hace presentir. Poned ante los ojos de un niño ó de un hombre ignorante los fenómenos y las teorías de la óptica, un espectro solar bien amplio y bien puro, y tendrá reunidos en aquella cinta multicolor todos los placeres que puede causar la sensación aislada de la luz. ¿Pero le conmovirá esto mucho? Por el contrario, poned delante de él colores infinitamente menos bellos, pero esparcidos en un lienzo en que el pincel del artista ha trazado alguna gran escena de batalla ó las peripecias de un naufragio, ó un drama íntimo.... La emoción es muy diferente.... mas ahora no están solos allí la luz y el color, ni es únicamente el ojo el que obra.

Ahora bien, si falta á la joven la emoción producida por el sentido de la vista, puede, no obstante, valiéndose como de un rodeo del oído, llegar á gustar todos los demás.

La enseñanza, la palabra que hace ver al oído, como la luz hace ver á los ojos, introducirá en su espíritu los conocimientos que encantan, que despiertan el deseo, excitan la voluntad y agitan el alma entera.

\* \*

Habrà, ciertamente, en esta manera de comprender un lado incompleto; verá las cosas como se las ve en una descripción literaria, en un cuadro escrito ó hablado.... Es indudable que éstos no tienen la intensidad, ni la precisión, ni la nitidez del cuadro pintado ó de las cosas vistas, pero en cambio la indecisión misma, lo vago de aquéllas da rienda suelta á la imaginación, que las completa á su gusto y los hace encantadores.

Y aun esta desventaja no es verdadera y real más que para los objetos de nuestro conocimiento que revisten un exterior sensible, para todas las cosas revestidas de materia y de cuerpo; mas para los conocimientos más elevados, para la verdad inmaterial desaparece semejante desventaja.... El alma de la joven está abierta como la mía, no tiene la vista corporal, pero tiene la vista espiritual, y sondea los horizontes inmensos de la verdad.... como yo ¿qué digo? ¡mejor que yo!

¿De qué me sirven cuando trabaja mi pensamiento, esos mil objetos colocados ante mí, en derredor mío, desplegando sus contornos, sus relieves y sus tintas, de qué me sirven sino para solicitar incesantemente mi atención voluble y apartarla de su trabajo? Y cuando á la fuerza quiero fijar mi espíritu, ¿qué es lo que hago? Me pongo las dos manos en los ojos para hacerme ciego, cierro los dos oídos para hacerme sordo, aniquilo cuanto me es posible esos sentidos que me turban y distraen.

La pobre joven, en la negra noche que rodea su alma, está en comercio más fácil con el pensamiento, le ve, se enamora de él, le persigue, le alcanza, nada la separa de él, van de la mano como dos amigos.

\*  
\* \*  
\*

Y no es esto solamente.... Porque ¿qué es en fin de cuentas todo ese conocimiento del sentido y de la inteligencia en el hombre?... ¿Qué es esa ciencia de la materia y del pensamiento? ¿Qué son esos placeres del cuerpo y esos goces del alma? ¿Está, por ventura, en eso la felicidad?... Pues ¿y la muerte?

¡Ah! ¡pobre ciegucecita mía! ¡Tú crees, tú esperas y tú oras! ¡Ese mundo que tú no ves, nada te dice, es verdad! ¡Pero Dios habla á tu alma, el Señor es tu luz! *Dominus lux mea est.*

En ese mundo que tú no ves, hija mía.... se muere! Tú no has visto jamás ningún muerto ni muerta.... tú no has

visto jamás el cuerpo inerte y amarillento, rígido y frío, del que se ha ido la vida, y que en seguida va á ser ocultado bajo tierra; pero tú sabes lo que es morir....

El Señor te ha dicho, en la noche de tus ojos y en el silencio de tu alma, Él te ha dicho por boca de tu madre que la vida rápida y corta que vivimos aquí, no es más que el campo de ensayo de nuestras voluntades libres.... No estamos aquí más que para servirle y amarle.... Él ve cómo usando de nuestra libertad, amoldamos nuestra alma á ese divino servicio y á ese divino amor.... Él nos deja obrar y aguarda; todos los que vivimos estamos pasando por la prueba. La muerte es el fin del ensayo, la hora del juicio, del castigo ó de la recompensa.

Tú lo sabes, hija mía, como lo sabemos nosotros; esto lo has visto tú, como lo hemos visto nosotros, en esa luz del Señor, que es la fe de nuestras almas. Tú sabes que no tenemos que hacer otra cosa en este mundo; que todo lo demás es vano, como el humo, como un soplo.

¡Y en esto te ocupas tú!....

¡Ah! ¡pobre ciegucecita mía, téncompasión de nosotros!

\*  
\* \*  
\*

También nos ocupamos nosotros en eso; pero ¡desgraciados de nosotros! mientras que la luz del Señor esclarece nuestras almas, la luz del mundo, la luz de las cosas creadas entra por nuestros ojos en nosotros y penetra también, viva y vibrante con sus espejismos y su brillantez en nuestra alma, y la aturde y fascina con su esplendor.... ¡Oh! ¡cómo palidece entonces y se amortigua la luz divina! En esas ondas luminosas que arroja sobre nosotros el mundo, ¡qué de fantasmas voltean!.... el fantasma de la gloria y del honor, el fantasma de la riqueza y del poder, el fantasma del amor y de la belleza, el fantasma de la voluptuosidad y de la embriaguez. Esos fantasmas pasan y vuelven á pasar, sonrientes y halagüeños, llenos de encantos y de promesas, llenos de seducción y de atractivos fascinadores....

y donde Dios clamaba poco há: "¡Amadme, servidme!" ahora sus voces insidiosas gritan á su vez: "¡Amadme, servidme!"

Tú no ves, ciegucecita mía, esas cosas tan degradantes y tan engañosas, tú no ves todo ese brillante esplendor del mundo.

Tú no escuchas más que á Dios.... el Señor es tu luz.  
¡Ah! ¡ciegucecita mía, tén compasión de nosotros!

\* \* \*

Porque, ¿sabes tú lo que hacemos nosotros, lo que hacen ¡ay! la mayor parte de los hombres? Seducidos y engañados dejan á Dios y se van en pos de la gloria, de la honra, de la riqueza, del poder, de la belleza, del amor, de la voluptuosidad, de la embriaguez, de todas esas cosas exteriores insustanciales y vanas, cuya luz les ha entrado por los ojos.... se van tras ellas, las aman y las sirven....

Y ¿sabes lo que en ellas se encuentra, hija mía? La amargura devoradora de las decepciones humanas; todos esos vanos fantasmas los engañan, y después de haberlos engañado se ríen y se burlan de ellos.... en el momento en que creían estrecharle entre sus brazos, se les escapan y vuelan riéndose á carcajadas....

¡Oh, las traiciones de las criaturas visibles!....

¡Tú no las conoces, hija mía; dá gracias á Dios por ello!

Mientras tanto la vida pasa.... ¡camina tan veloz!.... ¿Y Dios?... ¿Y la prueba?... El hombre no piensa ya en eso.... Engañado veinte veces, veinte veces juguete de la traición.... sigue, no obstante, corriendo tras de esos fantasmas mentirosos, sin cuidarse del término, sin pensar que al fin, que llegará presto, sonará la hora del juicio y del castigo, como un loco que corre haciendo sonar sus casca- beles, danzando y riendo, y un poco más allá, delante de él, inmóvil, está el abismo!

..\*  
Cuando Dios dé sus órdenes á la muerte.... tú estarás dispuesta, y las bellezas del cielo se abrirán á tus ojos, que no habrán visto nada de las vanidades de la tierra....

Cuando Dios dé sus órdenes á la muerte.... ¿estarán ellos dispuestos? ¿y qué provecho habrán sacado de las vanidades de la tierra que hayan visto?

\* \* \*

¡Oh, vosotros los que no veis, rogad por los que ven!

VÍCTOR VAN TRICHT, S. J.

## LA EDUCACION EN COLOMBIA

### EL HOGAR

Nada más importante, desde el punto de vista de la educación, que el hogar, como que es base del cuerpo social establecida por Dios mismo y crisálida moral de misteriosas energías donde se verifica la formación de un sér nuevo que nutrido lenta y secretamente habrá de salir un día libre á revelar las propiedades maravillosas de su sér.

Allí no está el individuo solo, no es la abstracción aislada á que la ciencia se ve forzada á recurrir en su afán de análisis, porque en la realidad el hombre no ha estado nunca aislado; el caso novelesco de un Robinson no ha existido sino por excepción. En el hogar se halla en embrión la humanidad entera: el hombre y la mujer unidos inseparablemente en consorcio para perpetuarse; allí se encuentra la generación que declina y la generación que viene: la herencia de lo pasado, los gérmenes fecundos de lo porvenir.

Es la familia una institución tan íntimamente humana y natural; de tal manera la especie reside por antonomasia allí, que fuera de la familia, el individuo sólo se considera como una promesa, y pueden estudiarse los dos